

STEPHEN GILMAN, *Del Arcipreste de Hita a Pedro Salinas*. Universidad, Salamanca, 2002; 376 pp.

El nombre de Stephen Gilman ha quedado asociado para siempre al de los autores y las obras que amó y a los que dedicó años de cuidadosa lectura e investigación. Fernando de Rojas y la *Celestina*, en primer lugar, claro está, pero también Cervantes y Pérez Galdós, entre otros. A diferencia del erudito completamente encerrado en su campo de especialización (campo que, en perjuicio de una verdadera cultura humanista, es ahora cada vez más y más reducido), Gilman era capaz lo mismo de escribir con inteligencia sobre el *Quijote* de Avellaneda que sobre *Fortunata y Jacinta*, o, como indica el título de este libro, sobre el Arcipreste y sobre Pedro Salinas. Era el suyo un hispanismo integral (por no mencionar sus incursiones en otras literaturas, como sus trabajos sobre Stendhal o Mark Twain).

Este volumen reúne treinta artículos y reseñas hasta ahora dispersos en varias publicaciones; algunos de ellos, por cierto, aparecieron originalmente en esta revista, en la que colaboró estrechamente desde su fundación (su primera contribución, en 1947, fue una reseña a Pedro Laín Entralgo; la última, en 1981, un artículo sobre la Inquisición en Granada¹) y en cuyos anejos publicó su primera obra, *Cervantes y Avellaneda: estudio de una imitación* (1951). El lector encontrará en él artículos que ya pueden considerarse clásicos como “Tres retratos de la muerte en las *Coplas* de Jorge Manrique”, “La palabra hablada y *Fortunata y Jacinta*” o “La muerte del Lazarillo de Tormes”, además de varios trabajos sobre Lope, otro escritor caro al autor. No tendría mucho sentido detenerse en el elogio de esos textos o resaltar algunas de las aportaciones hechas por ellos a sus diversas áreas. Los respectivos especialistas lo han hecho y seguramente lo seguirán haciendo. Prefiero comentar algunos aspectos menos visibles y hasta un tanto nimios, si se quiere, pero que son reveladores de una sensibilidad particular. Por ejemplo, en “Don Alonso Manrique, «el caballero de Olmedo»: historia y poesía”, Gilman intenta explicar al lector el concepto de “tragi-donaire”, distinto al de tragicomedia, y llama a nota. El lector, malacostumbrado a la insipidez y trivialidad de tantas notas académicas, podría esperar una referencia bibliográfica o si acaso una explicación más amplia. En lugar de eso, Gilman lo remite a escuchar “Black and blue” de Louis Armstrong para una cabal comprensión del concepto. En otro trabajo, “Mateo 5, 10 entre bromas y veras”, en medio de múltiples referencias eruditas acerca de la fortuna de dicho pasaje evangélico en las letras hispánicas, Gilman no tiene empacho en citar a Cantinflas. ¿La obra? Un folleto

¹ Véanse los ts. 1 y 30, pp. 186-189 y 586-593, respectivamente.

propagandístico de la película *El padrecito* titulado *Sermones de "El padrecito" Cantinflas* en el que encontró la enésima variación de una broma que se viene repitiendo desde la *Celestina* hasta la fecha, pasando notablemente por el *Lazarillo*: "Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia... porque de ellos será la libertad inmediata" (p. 218).

Más allá de esta clase de detalles, lo que dejan ver las páginas de este libro es un modo de leer y ejercer la crítica que supo reunir sensibilidad, inteligencia y erudición. A ello habría que agregar el verdadero compromiso humanista de Gilman (resaltado atinadamente en uno de los prólogos a la obra por Francisco Márquez Villanueva), compromiso que podemos apreciar claramente en lo que llamó "el desafío de la relevancia", es decir, cuestionarse acerca de "la relevancia que nuestro objeto de estudio tiene en nuestras vidas, en la residencia en la tierra hoy, en las angustias, premisas y estimaciones de nuestro tiempo y nuestra cultura" (p. 105). Esto equivale a poner el dedo en la llaga de muchos estudios "humanísticos" hoy en día. ¿Cuántos estarían dispuestos a afrontar honestamente este desafío?, ¿cuántos saldrían bien librados? Al humanista con mala conciencia que de inmediato asume una actitud defensiva ante preguntas tan molestas, Gilman le recuerda que "como Unamuno sabía muy bien, la vida se rebela contra el anticuarismo haciendo al anticuario sentirse incómodo y apologetico, cuando no combativo y arrogante" (p. 106).

Mención aparte merecen los prólogos a esta obra. El primero, el de Francisco Márquez Villanueva; el segundo, de Claudio Guillén titulado significativamente "La literatura y el vivir" (a nadie sorprenderá, dicho sea de paso, que el nombre más citado en el libro sea el de Américo Castro, a quien su autor siempre se refirió como su maestro). El prólogo suele ser esas páginas de elogios convencionales que el lector común y corriente se salta y a las que el lector escrupuloso se resigna. No es éste el caso. En ambos textos podemos apreciar a un crítico calificado reflexionando sobre el quehacer de otro crítico y sugiriendo, a propósito de él, un modelo de lo que debería ser la crítica literaria.

Una sola objeción, de índole material, tendría que hacer a este libro. No sé si se trate de un caso aislado, pero mientras lo leía la pasta se le despegó por completo y parte de lo que quedó parece tener la mala intención, en un futuro no muy lejano, de regresar a su forma original de artículos sueltos.

PABLO SOL MORA
El Colegio de México